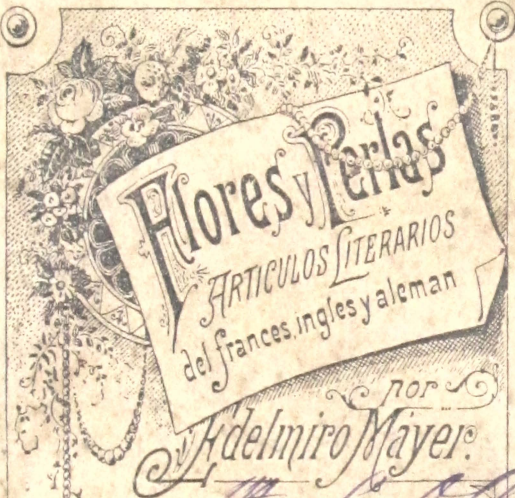


Precio 25 centavos

1886. COLECCION PEUSER. N° 1.



Cada Número es independiente de los demas

Cada Número es independiente de los demas

La Puerta del Paraiso.....	págs. 1
Las Violetas.....	22
Los Conejos.....	29
La Mula del Papa.....	33
La Cereza.....	60
Zeusis.....	64
Cosas de la Vida.....	67
Un Pilette.....	76
San José.....	87

Casa Editora Jacobo Peuser - Buenos Aires

Precio 25 centavos

# FLORES Y PERLA



**DONACION**  
Buenos Aires, Julio de 1886.  
**E. GARCIA VELLOSO**

*Inauguramos con la presente nuestra*

## COLECCION PEUSER

*Por medio de grandes tirajes y economías, hemos alcanzado á poder ofrecer cada tomito de ella á **25 Centavos**, precio desconocido hasta ahora en nuestro país, por un tomito del contenido de los de nuestra Colección.*

*Nos proponemos dar á luz en cada mes 2 tomitos, llenos de lo mas escogido de las Literaturas inglesa, francesa, alemana é italiana, traducidas por el Señor Don Edelmiró Mayet.— Pedimos la protección del público para nuestra empresa.*

**EL EDITOR.**



## LA PUERTA DEL PARAISO.

---

El alma de la señora baronesa acaba de abandonar la tierra.... Munida de todas las absoluciones, inundada de agua bendita y toda perfumada de incienso, se presenta á la puerta del Paraiso, con el aplomo de un alma distinguida que se supone esperada. El alma de la señora baronesa hasta se sorprende ligeramente de que no haya ido á recibirla el serafin-ugier de semana, á fin de rendirla los honores debidos.

Habiendo oido golpear San Pedro, abrió el postigo, en el que se encuadraba su cara bronceada mostrando su barba encanecida.

— ¡Quién sois y qué quereis? preguntó bastante bruscamente.

— La baronesa de Argefeuille, nacida de la Tour-Ambrée, contestó la bella soli-

citante, un poco confundida por el tono en que le había sido hecha la pregunta;—en seguida, con cierto airecillo de altivez:—Pido la entrada al Paraiso, y me sorprende tener que esperarla. . .

—Hola! replicó San Pedro avanzando un poco la cabeza.—La señora se sorprende!.... Creis pues, que aquí se entra como en la Academia?... Se necesitan títulos, mi bella dama!... ¿Teneis algunos que hacer valer?

—Ya os los he dado, contestó con impaciencia el alma de la señora baronesa, quien no pudo dejar de pensar que el conserge del Paraiso no era mas agradable que la mayor parte de los de la tierra—y continuó articulando cada sílaba:

—Baronesa de Argefeuille, nacida de la Tour-Ambrée.

En seguida y todo de una tirada:

— Los de Argefeuille datan del IX siglo y los de la Tour-Ambrée del VI:—Ruperto de Argefeuille, primer baron de su raza, fué investido con ese título por Luis VII, al regreso de la segunda cruzada, el año

de 1147.—Los Argefeuille cuentan en su familia un canciller, un condestable, un cardenal y dos chambelanes.—Los de la Tour-Ambrée, un gran refrendario, un montero mayor, tres arzobispos, un abate mitrado y una querida del rey Luis XI... Los Argefeuille llevan de plata los tres merlos sinoples, ceñidos por una orla de armiño. Los de la Tour-Ambrée, de oro salpicado de azul, un toro devorando una criatura pendiendo de la boca...

—Eh! qué me cantais ahí! exclamó San Pedro, con vuestros merlos, sinoples y toros antropófagos!... ¿tomais el Paraiso por un jardin de aclimatacion?

—¡Señor! suspiró la baronesa, cómo es de obtuso este santo portero!

Pero tratando siempre de moderarse:

— ¡No me habeis pedido mis títulos?

—Sin duda.

—Y bien! yo os los doy apoyados por pergaminos.

—No nos entendemos, mi madrecita... Para entrar al Paraiso—es preciso,—debeis saberlo, declarar las acciones que hagan dig-

nos de merecer á los míseros humanos esta suprema recompensa. Así pues, si teneis para presentármelas, pasad á referirlas.... De lo contrario, muy buenos dias! En cuanto á vuestros merlos y otros animalejos, me importan tanto como la pipa del Gran Turco!

Completamente chocada la baronesa, no se dignó censurar la inconveniencia de ese discurso. Sacó de su bolsa para las limosnas una vitela blasonada, y la presentó al santo conserge.

—¿Qué significa ese libro de magia? preguntó éste.

— La lista, rubricada por mi director, el reverendo padre Teódulo, de las obras meritorias que he hecho durante mi vida. Tened á bien tomar conocimiento de ellas, señor santo, y creo que despues de haberlas leído, no pondreis ya ninguna dificultad para dejarme entrar.

San Pedro se puso sus anteojos, contempló el pápiro, y devolviéndoselo á la bella solicitante:

— Leedlo vos misma, la dijo— yo no sé

deletrear sino los renglones impresos, y aun así es preciso que sean muy grandes.

La baronesa, sin hacerse del rogar, principió en el acto la enumeracion:

— Oidas dos mil cuatrocientas cincuenta misas, de las cuales mil en capillas, particularmente indulgenciadas.

*Item*— Cumplido trescientas noventa y cuatro novenas, de las cuales trescientas eran á nuestra muy santa madre la Vírgen María, ochenta y cuatro á diferentes santos y santas, una al Divino Corazon de Jesus y las nueve últimas á Santa Ana, mi patrona.

*Item*— Cumplido un jubiléo con indulgencia plenaria, garantido por el reverendo padre Teódulo.

*Item*— Quemado nueve mil setecientos cuarenta y dos cirios en diferentes santuarios y para diferentes objetos.

*Item*— Subido de rodillas la escalera del Vaticano.

*Item*— Dada igualmente de rodillas la vuelta de la Santa Casa de Loreto.

*Item*— Visitado el Santo Bálsamo.

*Item*— Hecha la peregrinacion de Lourdes, la de Paray-le-Monial, la de Nuestra señora de los Ardientes, y de la Santa Túnica de Argenteuil...

— Pero, eso que me estais espetando es la Guia del Peregrino! interrumpió San Pedro, de quien principiaba á apoderarse el sueño.

— No hay mas que el fin de esta página y la siguiente, señor santo.

— Dios bondadoso! Nada mas que eso! Os estoy muy reconocido .. Ah, bah! Os imaginais pues, que paseos en ferro-carril ó en carruage, á pié ó de rodillas, pasarán aquí por buenas obras? No, mi madrecita! Todo eso, sabedlo, no sirve para nada ni á persona alguna, á no ser á los hoteleros y á los cocheros, gentes mal coladas acá, y con lás que el Paraiso nada tiene que hacer...

— Pero... prosiguió abochornada el alma de la señora baronesa.

— No hay pero que valga... Buscad otra cosa.

— Tengo aun limosnas...



— Eso vale mas: os escucho.

El alma de la señora baronesa dió vuelta con presteza dos hojas de vitela, y queriendo desde el momento deslumbrar á su oyente:

— Al óbolo de San Pedro, 100,000 francos!

— Bonito óbolo! silbó entre dientes el ex-pescador de Galilea, que no odia los equívocos,— pero sin manifestar por entón-ces, ni admiracion, ni sorpresa.

La baronesa, un poco picada, continuó:

— Para la compostura de la capilla de la Sangre de Fécamp, 10,000 francos.

—¿Despues?

— Para el santuario de Jerusalem, 20,000 francos.

—¿Despues?

— Para edificar una capilla á Nuestra Señora de los Siete Dolores, 25,000 francos.

—¿Despues? dijo el santo, siempre im-  
pasible.

— Para la conversion de los niños Chi-  
nos 30,000 francos.

—¿Despues?

— Al señor cura de Santa Clotilde, para los pobres cristianos, 1,000 francos.

— Hum!...¿y en seguida?

— Para la propagacion del culto católico romano en Etiopia, y en los países centrales del Africa, 120,000 francos.

— ¿En seguida?

— Este santo es insaciable! pensó la baronesa. ¿Querría pues, que me hubiera arruinado? Y no poco picada, continuó:

— Todo esto da un total de mas de medio millon!..

— Y eso qué me importa! dijo brutalmente el santo, desde que poseais diez veces mas?... La donacion no tiene valor sino por la privacion impuesta... Quien ha dado un centavó, sacándolo de su bolsillo vacío, ha hecho una limosna mas grande que vos con vuestros billetes de banco! Y ademas, á quién habeis hecho vuestras larguezas? A gentes que no tenían necesidad!... Dónde están, en todo eso que acabais de decirme, los sufrimientos aliviados, los desesperados vueltos á la vida, los contumaces arrancados al vicio? Vanidades, puerilidades

ú obstinacion de partido... Estoy pesaroso, pero en todo esto nada veo que os pueda abrir el Paraiso!...

El alma de la señora baronesa, atolondrada un momento por una apreciacion tan imprevista, continuó al cabo de un segundo — pero esta vez con ménos aplomo:

— No he dicho todo, venerable santo.

— Y bien, hablad!

— Hay aun los ayunos, las mortificaciones, las penitencias, los escapularios, las reliquias, las visitas á las escuelas religiosas, los retiros, los...

— Haber sacado del agua un perro que se ahogaba, valdría mas para vos, mi bella dama!

Y San Pedro, retirando su cabeza del postigo, se disponía á terminar la entrevista, cuando toda llorosa, el alma de la señora baronesa se precipitó sobre el enrejado y suplicó al santo que le concediera aun algunos minutos...

Ella va á buscar... Ella encontrará... Es imposible...

Y justamente, hé aquí que recuerda!

— Si, gran santo... la cosa es cierta, he salvado la vida de un hombre!

— Esa es otra cosa! dijo San Pedro súbitamente suavizado... habládme de eso.

Pero, á este mandato, el alma de la señora baronesa se turbó visiblemente.

— Ah! sí! exclamó San Pedro, ¿os burlais de mí?... ¿le habeis ó no le habeis salvado?

La pobre alma, toda avergonzada, hesitó, balbuceó, y acabó por confesar que desgraciadamente resultó de su accion caritativa un pecado muy condenable del cual se confesó, es verdad, y para el cual recibió en el acto la absolucion: pero, vista la enormidad de la falta, temía perder más de lo que ganaría en recordar ese delicado asunto.

— Un pecado, dijo San Pedro meditativo... Hay de muchas clases, y sobre ese artículo nos sucede no estar siempre de acuerdo con vuestros hacedores de moral... Pero referidme la cosa, y la veremos con cuidado.

— Es que.... venerable santo.... jamas me atrevería.....

— Idos al diablo, entónces! y no me rompáis mas la cabeza...

Esta vez se va á cerrar el postigo sin misericordia, pero lanzando un grito desgarrador, el alma de la señora baronesa se abalanza de nuevo, unidas las manos y en una desesperacion tal, que un tigre se hubiera enternecido.

— N6! gracia! piedad!... Gran San Pedro... Todo lo diré!...

Aunque se sea un santo, casi siempre se ha sido un hombre.

El alma de la señora baronesa tiene muy bellos ojo, unos brazos... vos los habeis conocido!... Y unas espaldas... y un talle... En pocas palabras, San Pedro se siente influenciado; pero tomando un aire torvo, sin duda á fin de compensar su demasiada grande complacencia:

— Vamos, despachaos!... La campanilla del telégrafo me anuncia un convoy de almas que vienen del planeta Sirius... Nuestras gentes estarán ahí, en el acto, y será necesario que me ocupe de ellas... Por eso, sed breve.

— Yo obedezco, gefe infalible de la Iglesia....Solamente, prometedme que sereis discreto, porque me será necesario confiaros cosas....

— Pero dad principio, pues, tripas de los ángeles!!!

— Y bien, gran santo, hé aquí el asunto:—

Sin duda sabreis que yo poseía en las inmediaciones de Orleans la tierra de Verte-Brise, que no mide ménos de doscientas yugadas, cercada de muros?

— Lo ignoraba— pero eso me es indiferente!

— Yo me hallaba allí en el momento de la terrible invasion de 1871... El baron, del que no tengo que alabarme siempre... á propósito, estará aquí, por casualidad?

— N6, que yo lo sepa al méuos!

— Bendito sea Dios!.... El baron, decía yo, que había acompañado al emperador, de quien era chambelan, me hizo decir despues de la rendicion de Sedan que fuera á reunirme con él en Prusia; pero yo era buena patriota, y no tenía ningun apuro por ver otra vez al señor baron, de

manera que preferí quedarme en tierra francesa.

—Al hecho! al hecho! dijo San Pedro.

—Llego á él, señor santo... Pero despues del primer sitio de la ciudad, cuando se estaba en la embriaguez de la victoria demasiada corta de Coulmiers, llevaron al castillo un franco-tirador herido. Le reconocí por haberle visto en algunos salones de Paris, donde no dejaba de hacer figura, aunque no era nacido.

—Cómo, no era nacido! exclamó San Pedro...Era entónces un embrion vuestro franco-tirador?

—Quiero decir, replicó dulcemente el alma de la señora baronesa, que ese jóven no era de familia noble....

—Ah! ah! muy bien!....Eso significa que ese mozo no llevaba sobre sus papeles ni mirlos, ni toro enfurecido....Pero segun esa cuenta, yo que os hablo, tampoco he nacido á pesar de ser primer papa y portero del Paraiso!....Y mis compañeros los apóstoles... no son mas nacidos que yo!...y Nuestro Señor ménos, y tampoco la bienaventurada

Virgen María, reina de los ángeles sobre vuestro planeta! Pero continuad vuestra historia; y veamos un poco lo que le aconteció á ese señor nacido muerto, ó mal nacido, ó no nacido...Eso hace un equívoco. Oh! oh! se lo he de referir esta noche á mi compañero San Lúcas: reirá como un cafre.

Aunque la palabra le pareció insulsa, el alma de la señora baronesa esforzóse por sonreirse, comprendiendo bien que le importaba en su situacion no indisponerse con el celestial Pipelet...y, dócilmente:

—Ese mozo se llamaba Juan Bertaud. Aunque tenía los ojos azules y el aire singularmente dulce, se contaba de él que se había batido como un leon. Le recibí como debía, y le hize prodigar todos los cuidados que necesitaba su estado...Hasta iba yo varias veces por dia para averiguar en persona si algo le faltaba, por lo que él, segun lo supe despues, sentía un reconocimiento estremo.

En fin, iba mejorándose y principiaba á dar algunos pasos en la pieza, pero tan dé-



bil aún!...De pronto retumbó el cañon de nuevo....Orléans es vuelto á tomar...

Los prusianos, venidos en masa, inundan el pais, y yo no tardo en ser informada que un general bávaro ha escojido el dominio de Verte-Brise para establecer durante una noche su cuartel general.

Héteme alarmadísima! Mi herido no tenía aún bastantes fuerzas para ponerse en camino. Si las hubiera tenido no habría dado veinte pasos sin caer en manos de nuestros enemigos, quienes no eran tiernos para con nuestros franco-tiradores.... Por otra parte, su presencia bajo mi techo podía, si era descubierta, acarrear para él y para mí grandes desgracias....quizá el incendio del castillo!....Estaba yo muy perpleja y no sabía qué partido tomar, cuando á mi camarera, que se interesaba vivamente por ese señor Bertaud, se le ocurrió un espediente:

—Haberlo cuidado tanto para dejarle fusilar como un perro sarnoso por esos bribones de Prusianos!....jamás! decía ella. Si la señora quisiera, disfrazaremos á ese

bello militar en respetable vejancon y lo haremos pasar por el señor de aquí?....

Era en efecto una idea! En un instante, Edmunda trasformó á su protejido.

Le echó polvos en la barba y los cabellos, le instruyó en aquello que era útil que supiera,—y previno á nuestra gente.... En fin, estábamos convencidas en justificar la palidez del pretendido baron con una historia de enfermedad, de caida del caballo, y otras patrañas.

Esa combinacion tenía una doble ventaja: salvaba á mi huésped y me creaba al mismo tiempo una proteccion.

Las cosas desde el principio, marchaban conforme á nuestro deseo. Nuestro francotirador representaba su personage con una distincion tan perfecta, que no pude ménos que pensar para mis adentros (sin detenerme, sin embargo, en ese pensamiento) que le llevaba mucha ventaja al señor baron.... Pero hé aquí que al llegar la noche, se halló que el número de piezas disponibles era insuficiente para alojar el crecido número de oficiales.

Por mas que se multiplicasen las camas, se reunieran á todos los sirvientes en una misma pieza, se pusiera de aquí y de allá colchones y cobijas, los malditos bávaros se desbordaban hasta en las escaleras. Parecía que brotaban de la tierra.

Muy cortesmente me hizo pedir el general que le cediera para esa noche la pieza del baron, agregando con una galantería que él creyó sin duda delicada, que éste sería muy feliz de tener un motivo —ademas— para permanecer en la mia. Iba á responder como convenía á ese mensaje impertinente y significar que el baron conservaría su cuarto, cuando Edmunda me hizo observar que el general tenía quizá sospechas, y que mi negativa podía muy bien aclarar sus dudas... Despues de todo ¿de qué se trataba?

De dormir vestida sentada en un sillón, mientras que el baron—Juan Bertaud quiero decir,—dormiría por su parte sobre otro... Nada me impedía ademas, retener á mi camarera como tercera... Una mala noche se pasa pronto! .En una palabra, yo accedí...

Observad, gran santo, que la pieza del baron, aquella en que debía acostarse el general bávaro, estaba separada de la mia solamente por un tabique, y que alzando un poco la voz, se podía oír hablar en una pieza lo que se decía en la otra.

— Situacion peligrosa! murmuró en sus barbas el bueno de San Pedro.

— Algo de eso lo sé yo! suspiró el alma de la señora baronesa ruborizándose,

— Continudad! dijo el santo visiblemente interesado...

El alma de la señora baronesa suspiró y continuó:

— A eso de las once, esa tonta de Edmunda sintióse indispuesta, y tuvo que abandonar la pieza, pero despues he dudado yo de la verdad de esa enfermedad. El baron. ..Juan Bertaüd, quiero decir, parecía que hacía un rato que tenía un poco de fiebre....Estaba nervioso, agitado, cambiando á cada instante de color y no pudiendo permanecer quieto.... Apénas estuvimos solos cuando se apoderó de él el delirio.... Un delirio completamente pe-

ligroso .... Arrojóse á mis piés, me dirijió las frases mas locas, exclamó que me adoraba, y que le era imposible soportar por mas tiempo el martirio de permanecer á mi lado sin espresarme su pasion! Esas impropiedades, á las que nada me había preparado, me turbaron excesivamente. Le hice presente al Sr. Juan Bertaud lo mas dulcemente que pude, pues temía exasperarle, — que agradecía mal la hospitalidad que yo le daba y la confinza que había creido poderle manifestar..., A lo cual, mi furioso se dirijió hacia la puerta diciendo que yo tenía razon, que era un miserable, y para castigarse se iba á entregar él mismo á los Prusianos!.... Y lo hubiera hecho como lo decía, tan fuera de sí se encontraba!.... Naturalmente, me precipité para detenerle, y como hablaba fuerte, yo le puse — para hacerle callar — mis dos manos sobre la boca... Yo no sé lo que se imaginó, pero él las tomó y las cubrió de innumerables besos, que bien pronto se subieron á lo largo de mi brazo y se estraviaron hasta mis hombros..... Yo ya no sabía donde

estaba. He creído siempre, sin embargo, que hubiera tratado de poner en razón á ese loco, si en la pieza vecina, un ruido de la puerta, una tos formidable y un espantoso juramento no hubiera resonado de pronto. Volvía á entrar el general bávaro.... Una palabra imprudente y Juan Bertaud era fusilado!....

— En seguida!.... preguntó ansioso San Pedro.

El alma de la señora baronesa inclinó la cabeza, bajó los ojos, y, muy quedo, con humilde confusion:

— Me callé, gran santo!....

— Eh! bonete del Papa! exclamó el buen San Pedro, lleno de alegría, porqué no habeis desembuchado de una vez vuestro galante pecadillo, en vez de ensordecerme durante una hora con vuestras virtudes de convencion? no os habría retenido tanto tiempo en la puerta del Paraiso!....

Diciendo estas palabras, el santo conserge alargó la mano hacia el celeste cordon y, viendo á dos pasos á un querubin que, desde el principio de la conversacion no

había cesado de revoletear á los alrededores:

— Siempre escuchando, perverso pisa-verde! Vamos! Pronto! llevad á esta bella dama ante nuestro padre, el buen Dios... y decidle de parte mia que quiera concederla permanencia en el santo Paraiso. Es un alma caritativa!

Daniel Dare.





## LAS VIOLETAS

---

**M**intiendo á su reputacion de modestas, por las calles, las plazas y bulevares, se hacen llevar ahora las violetas en coche descubierto... ni más ni ménos que las camelias.

Las muy pródigas, dejan en el aire un perfume suave, que anuncia la estacion dichosa del sol y de las flores.

---

Hasta ahora habíais creído que solo era peligroso recojer fresas!

Qué error!

Los crecidos mozos y las jóvenes, durante el invierno, se encontraban todas



las mañanas en los bosques, á donde iban á recojer las ramas secas.

Las jóvenes se decían, al ver de soslayo á los jóvenes:

— Oh! no es hermoso, tiene la nariz colorada. . . . azules los labios. . . . sus ojos lagrimean. . . . No soy yo la que le he de querer!

Y los jóvenes decían al ver á las jóvenes:

— Y bien ; gracias, tienen un talle ! si es como un tonel. . . . y ese cútis, está rajado como una ciruela madura. . . . Si para ella no tiene otro mas que á mí, podeis estar seguro que quedará para vestir santos!



Cuando las chimeneas ya no necesitan leña, y que el pecho de las parisienses han reclamado sus pequeños ramos, los mismos jóvenes y las mismas muchachas se han vuelto á encontrar buscando entre el musgo húmedo la pequeña flor perfumada.

Entónces la nariz no estaba amoratada

por el viento, la nariz estaba rosada, la boca estaba fresca, y la mirada llena de vida.



Ella, ella no estaba ya envuelta en una *limosina*; su talle era esbelto, su *cúti*s delicado y trasparente; los ojos llenos de languidez.

Se han sonreído, al día siguiente se han hablado, al otro las manos se han encontrado al cortar la misma flor. . . .

Y, ¡pardiez! ha sido necesario, por el honor del Departamento, que el señor corregidor pusiera un poco de orden en esos asuntos.



En la ciudad, hay algo parecido á lo de la campaña. Es el primer obsequio, el que no puede ser rehusado, no toma su valor sino de la mano que lo ofrece, es un ramito de un centavo.

Como no es camorrista, se ofrece á to-

dos, á la amiga, á la muger, y á la amada.

No le ha faltado á la violeta sino ser el *pendant* virtuoso de las camelias.

Dumas (hijo) ha hecho la *Dama de las camelias*.

Paul de Kock hubiera debido hacer la *Dama de las violetas*.



La *Dama de las violetas*:

La pequeña griseta, alegre, en ropa de lana durante el invierno y de percal durante el estío, con gorro de lienzo y cintas al viento.

Que sale brincando el domingo á las barreras, colgada del brazo de su hombre, y llevando en su pecho su ramo de violetas; tiene sus labios llenos de canciones, y una alegría bulliciosa llena su corazoncillo

Cuando á sus rosadas narices aproxima su fresco ramo, ilumina su semblante una encantadora sonrisa.



Es la hija del pueblo, Dios mío! si. Sabe leer bien. . . . apenas escribe. . . . Cuando escribe, pone en ello mas corazon que ortografia, es la disculpa de sus *faltas*. . . .

Llora en el Ambigú, llora en el Lírico, llora en el Vaudeville, no rie sino ante Teresa.

En su pieza, sobre su chimenea, haciendo las veces de candelabros, hay dos ramos de violetas.

Sobre su mesa de costura hay un ramo de violetas, y cuando está de bodas, es aun la violeta la que le sirve de tocado.



El Domingo, despues que ha cepillado el sobretodo de su esposo, es ella quien le acomoda en el ojal el ramito querido: Gran Canciller, ella condecora á su hombre y le hace. . . . caballero de la órden de la Primavera.



Es por la violeta que la nueva estacion se hace anunciar, es ella la que nos devuelve los encantadores floreros que el invierno nos había quitado.

Y ademas, es una consoladora soberana. . . . Su perfume no dura, pero ayuda á morir dulcemente.

No quiero hablar de los bárbaros que la hacen secar para que sirva de infusion. Nó!

Quiero hablaros de las pobres jóvenes á quienes roe la tisis. . . . las bellas pálidas, con los ojos tan brillantes, á quienes la miseria ha destrozado los pulmones, las pobres locuelas que un dia abandonan su pequeña habitacion del barrio latino para ir á una sala del hospital.

Cuanto mas aferran profundamente sus garras en los pulmones de la víctima, tanto ménos puede soportar la desdichada los perfumes, la menor fragancia agita sus nervios y la oprime ; no hay mas que una cosa que pueda soportar su olfato, y que lo desea : la violeta.

Recordais la bella página de Mürger : Rodolfo, por última vez, va á visitar á Mimí que espira en un hospital, cuando la dice :

— ¿Qué quieres que te traiga, Mimí?

— Oh! nada. . . . de nada tengo necesidad. . . . Ah! sí, un ramo de violetas, pero no lo vayais á olvidar.

Y cuando él volvió á los cuatro dias, llevando el ramo, el lecho estaba vacío. Mimí había muerto.

Terminemos por una costumbre ménos triste :

Es de hábito, en ciertas ciudades de Francia, que cuando una jóven vuelve de la comunión, sus amigas de la última comunión le ofrezcan un ramo de violetas y de azahares, diciéndola :

— Y miétras que eres doncella. . . . tus compañeras te ofrecen el ramo que te dice : ¡Sé modesta y pura !

Emilio Romage.





## LOS GONEJOS

---

SON las cuatro de la mañana; salgo del baile de la Opera; mis orejas tiemblan aun con las vibraciones de la orquesta de Strauss. Mi portero se despierta refunfuñando, y, por la *ventanilla* (como él la llama) me presenta su mano una carta llegada en la noche anterior.

Hé aquí lo que ella me dice:

“Querido señor:

“He hecho una caza soberbia; seríais tan amable para venir esta noche, á gustar de lo que he cazado?.... Es un caza nueva que voy á recomendar.

“Contamos con vos.... un apretón de manos.

POUTARD.

« Marmolero y empresario de sepulcros,—en *Yo espero allá arriba*,—avenida Charonne. »

Saliendo de la Opera.... brrr!



En resúmen.... El campanario de la cárcel de la Roquette lanza al viento las ocho, en momentos que yo pagaba á mi cochero.

Entré en el *Yo espero allá arriba*...

Comida espléndida, convidados serios.

Dos empleados de las pompas fúnebres, un fabricante de ataúdes, un guarda del cementerio y tres confeccionadoras de coronas.

La comida estuvo muy alegre, á fé mia.

Mi anfitrión es el inventor de este epitafio :

“Dejó aquí abajo sus pesares.... y una fortuna que le ha permitido elevar este monumento ”



Esto es decirnos que es jovial.... En su casa se canta siempre á los postres, y fuerte, os lo puede asegurar.

Se cantó y se bebió.... se bebió sobre todo, tan bien, que los cerebros se desarreglaron; que metiendo su bizcocho en el salero, el fabricante de ataudes le hacía guiñadas.... á una confeccionadora de coronas; que los empleados de las pompas fúnebres acompañaban siempre un mismo refran, golpeando con los cuchillos sobre sus copas, y que el guarda del cementerio cantó el "Elogio de la vida" de M. Nadaud....

Es ya la cuarta vez que su infiel memoria le obliga á recomenzar la copla....

Desde que se terminó la comida hablaron las damas entre ellas, los hombres se olvidaron en el humo de sus cigarros, y mi anfitrión se me aproximó:

— Querido mio, me dijo, ¿qué pensais de  
lla comida?

— Que es muy buena!

— ¿Y mis conejos?

— El baron Brisse se abochornaría.

— ¿Y conoceis esta raza?

— ¡Pardiez! qué ocurrencia.... ¡Conejos de sotillo ó conejar!

— ¡Salid de acá, Yo no os hubiera invitado para ello; son....

— ¡Qué?

— ¡Conejos del cementerio!



Lo confieso parâ gloria ó vergüenza mia, que tengo un estómago que envidiaría un dromedario... Sin embargo, sin embargo. .

¡Conejos del cementerio!...

Es decir que todas las mañana los mamíferos que tienen mi estómago por sepultura, roían la corteza de los cipreses, las raices de las siempre-vivas, y, quién sabe, quizá tambien los ángulos de los cajones de los muertos!...

Bien puede ser uno de constitucion robusta; pero una revelacion semejante atrae siempre en el organismo un cierto malestar....

Pero basta, mi palidez... mi azorada mirada, náda revelan á mi anfitrión, porque continuó:



— Sí, mi buen amigo, conejos del cementerio!... ¿De dónde vienen?... ¿De Romanville? ¿de Charronne? ¿de Bagnolet? lo ignoro.... Lo que hay de cierto es que despues del dia en que se cierra la caza, el Péré-Lachaise es invadido pór este roedor.... Todas las noches, los guardas ponen lazos y á la mañana siguiente, los conejos duermen ahorcados sobre los monumentos... es decir que la sombra de Abelardo puede creer que los amantes dichosos vienen todas las noches á sacrificar una víctima sobre su mausoleo.... Es una caza curiosa, á pedradas, á palos. ¿Sois hombre de levantaros temprano para ver eso?

— Ya lo creo!

— Y bien, mañana por la mañana.

— Convenido!

Cuando el dia se hizo ver que venía, haciendo penetrar su luz pálida á traves de las cortinas, mi anfitrión me hizo seña para que le siguiera; salimos.



El cementerio estaba completamente envuelto en la neblina de las mañanas de invierno; es con dificultad que vemos destacarse muy cerca de nosotros los mausoleos en la niebla que nos hiela.... Todo está silencioso, la arena blanquea bajo nuestros piés, y algunos pájaros espantados huyen al aproximarnos.

Hemos penetrado por la pequeña puerta, seguimos el camino que conduce á la capilla, despues, subiendo siempre, hemos llegado al viejo cementerio arbolado aun, cuando de pronto me dijo mi guia:

— No os movais ya! tomad este palo .... atencion.

En seguida se deslizó entre las tumbas y desapareció entre los cipreses.



El silencio, las tumbas, y las cruces medio perdidas entre la neblina.... los árboles negros que ninguna ráfaga agita ... los pequeños jardincillos con sus diseños de boj, y la gran idea de la muerte cerniéndose sobre todo eso!....

Yo me estremecí, mi espíritu se llenaba de recuerdos.. .

¿Cuánto tiempo hace que estoy allí?

Fruisfruisfruis....

Es un animal peludo que pasa por entre mis piernas.

Yo me sobresalté....

Otro, dos, tres.... oí gritar:

— A vos!

Entonces volví en mí, agarré mi garrote, lo levanté y erré el golpe con que debiera haber dado muerte á un hermosísimo conejo.



— ¿En que estabais pensando, pues? me dijo mi guía aproximándose; los errais y se os pasan por entre las piernas.... por aquí ya es cosa concluida, vamos pronto al otro lado.... Pero pronto, porque es la hora en que se abren las puertas, y la gente va á venir.

Nos apresuramos.... de pronto, á veinte pasos delante de nosotros, se ajitaron los ripreses.... Como el viento está aun dor-

mido, es por lo ménos singular; no nos movimos más y nos ocultamos.



Una jóven rubia como de diez y ocho años, pálida y de pobre aspecto, tiritando en sus pobres ropas de percal, se ha levantado, deslizándose por los senderos que separan los monumentos; la vemos inclinarse delante de ciertos sepulcros, pasar su brazo entre las rejas de las puertas, y en seguida esconder en su delantal lo que su mano acababa de tomar.

— ¿Qué hace ella?

— Es una ladrona' dijo el marmolero.

La seguimos; ha abandonado los senderos para tomar otra vez el camino principal, y camina á pasos rápidos, velozmente....

Por fin, se detiene delante de un terreno jiboso, sobre el cual hay una cruz, que no tiene mas que un nombre y estas palabras:

À MI MADRE.

Se arrodilló entónces, y despues sus manos dejaron caer las estremidades de su delantal del cual cayeron:

Un ramo y dos coronas.

F Mortrosie





## LA MULA DEL PAPA

---

De todos los dichos, proverbios y adagios con que nuestros paisanos de la Provenza sazonan sus conversaciones, ninguno tan pintoresco, ni tan singular como el que dá márgen á este escrito. A quince leguas á la redonda de mi molino toda vez que se habla de un hombre rencoroso ó vengativo es seguro que se dice:

“Desconfie vd. de ese hombre . . . es como la mula del Papa que guardo su cox siete años.”

Por mucho tiempo he investigado de dónde podía haber tomado origen semejante proverbio, y cual fué esta mula Papal, y esa cox reservada durante siete años. Nadie del pueblo me pudo dar detalles al respecto, ni aún Francisco Mamai el tocador de flauta,



quien, sin embargo, conoce al dedillo todo el legendario de la Provenza.

Francisco creía conmigo que, alguna antigua crónica del país de Avignon debía haber motivado este refran, por eso es que me solía decir sonriendo:

“Solo en la biblioteca de las *cigarras* encontrareis eso.”

Esta idea me pareció buena, y como la espresada biblioteca se hallaba completamente á mi alcance, decidí encerrarme en ella durante unos ocho dias.

Es esta una biblioteca maravillosa y admirablemente montada: — encuétrase abierta para los poetas, dia y noche, y la sirven pequeños bibliotecarios provistos de unos címbalos, y durante todo el tiempo que permanecen allí, no dejan de entretenerlos con sus armonías.

Pasé en aquel parage algunos dias deliciosos, y despues de una semana de investigaciones — tendido de espaldas — acabé por descubrir lo que deseaba, es decir, la historia de la mula y de esa famosa coz guardada durante siete años.

Aunque el cuento peca de cierta sencillez é ingenuidad, no deja de ser bonito y voy á tratar de narrarlo tal como lo leí ayer de mañana en un escrito amarillado por el tiempo, y al cual la alhucema seca había saturado con sus perfumes.



Quien no haya vistò á Avignon en el tiempo de los Papas, puede creer que no ha visto nada. Jamás hubo ciudad como esta por la alegría, la vida, la animacion y el movimiento de sus fiestas.

Era aquello de la mañana á la noche, una sucesion de procesiones, peregrinos, calles entapizadas de flores, llegada de cardenales por el Ródano, estandartes flotando al viento, galeras empavezadas, soldados del Papa que cantaban en latin por las calles, y atronadoras carracas de los frailes limosneros. Despues, desde el primero al último piso de las casas que se agrupaban zumbando alrededor del gran palacio papal como las abejas alrededor de la colmena

oíase el tic-tac de los telares de encages, el va-y-viene de las lanzaderas tejiendo el oro de las casullas, los pequeños martillos de los cinceladores de vinageras, el ajuste de las tablas armónicas en las fábricas de guitarras, y los alegres cantares de las urdidoras; — y dominando todo este concierto, el repique de las campanas, y algunos tamboriles, cuyos redobles se oían allá á lo léjos del lado del puente.

Porque debéis saber, que entre nosotros cuando el pueblo está contento, es necesario que baile—muy necesario que baile—y como en aquellos tiempos las calles de la ciudad eran muy estrechas para la farándula, tanto pífanos como tamboriles se apostaban sobre el puente de Avignon bajo el viento fresco del Ródano, y se bailaba dia y noche . . . dia y noche se bailaba.

¡Ah! qué tiempos felices; — ¡ah! qué ciudad tan feliz!!

¡Alabardas desafiladas, prisiones de Estado que sólo servían para poner en ellas á refrescar los vinos! . . .

Hé ahí como los Papas del Condado sa-

bían gobernar su pueblo, . . . ved ahí porque su pueblo les ha sentido tanto! . . .

Hubo sobre todos uno—un buen viejo á quien llamaban Bonifacio . . . Oh! cuántas lágrimas se derramaron en Avignon á su muerte!

Era un príncipe tan amable, tan accesible,—os sonreía con tanto cariño desde el lomo de su mula cuando pasabais á su lado! . . . y ya fueseis un pobre pescador de rubias ó el gran vicario de la ciudad—con igual política os echaba su bendición.—Era un verdadero *Papa de Ivetot*, pero de un Ivetot de la Provenza, con cierta finura en su sonrisa, su ramita de mejorana en el birrete y sin la menor Juanita . . . La única Juanita que se le conoció al buen padre, era su viña, una pequeña viña que había plantado con su mano, á tres leguas de Avignon en los mirtos de *Chateau-neuf*.

Todos los domingos al salir de vísperas iba el buen hombre á hacerle su visita, y cuando se encontraba allí sentado á los rayos del templado sol y rodeado de sus cardenales que se tendían al pié de la

cepas, les mandaba destapar un cántaro de vino crudo de la tierra, de aquel vino color de rubí que mas tarde se llamó *Chateau-neuf* de los Papas, y lo saboreaba poco á poco, comtemplando su viña con aire enternecido.

Y despues, cuando á la caida del dia el cántaro había entregado todo su contenido, volvía gozoso á la ciudad, seguido de todo su capítulo.

Al pasar por el puente de Avignon, entre aquellos tamboriles y farándulas, su mula estimulada por la música tomaba un trotecito saltado, miéntras que él marcaba el compas del baile con los movimientos de su birrete, escandalizando á los cardenales, pero haciendo esclamar á todo el pueblo !ah, qué buen príncipe! ¡ah, qué bravo Papa!!



Despues de su viña de Chateau-Neuf, lo que el Papa quería más en el mundo, era su mula. Deliraba el buen hombre con ella. Todas las tardes ántes de acostarse,

iba personalmente á verificar si el pesebre quedaba bien cerrado, si nada faltaba en el comedero y nunca se levantaba de la mesa sin mandar preparar ante su vista un gran balde de vino á la francesa, con bastante azúcar y aromas, que él mismo le llevaba, á pesar de las observaciones de sus cardenales. La verdad es que el animal merecía la pena.

Era una magnífica mula negra, manchada de rojo, de pisada firme, luciente pelo, y una grupa ancha y llena:—llevaba con cierta altivez su cabeza descarnada, llena de arneses, pompones, lazos, cascabeles de plata y borlas:—era angelicalmente mansa, tenía una mirada llena de ingenuidad y dos grandes orejas que se mecían continuamente, dándole un aire bonachon inesplicable.

Todo Avignon la respetaba, y cuando caminaba por las calles, no había elogio que no se le prodigase, pues todos sabían que ese era el medio mas seguro de estar bien con la corte.

Con su aire inocente, la mula del Papa

había conducido á más de uno á la fortuna, ofreciendo una prueba de ello Tistet Vedene y su aventura prodigiosa.

En sus principios, era este Tistet Vedene un galopin desvergonzado, al cual su padre Guy Vedene, cincelador en oro, se vió obligado á arrojar de su casa, porque, además de resistirse á trabajar, desmoralizaba á todos los aprendices.

Durante seis meses solo se le veía vagabundo arrastrarse por las callejuelas de Avignon, pero muy especialmente por los alrededores de la mansion papal.

Hacia ya tiempo que el cachafaz había formado un proyecto respecto de la mula del Papa, que, como vereis, no dejaba de ser maligno.

Cierto dia que Su Santidad se paseaba solo por las murallas, cabalgando en su mula, se le acerca de pronto este pilluelo de Tistet y le dijo, juntanda sus manos con cierto aire de admiracion: “¡ Ah, Dios mio! Gran Padre Santo, qué hermosa mula teneis. Permitidme mirarla un momento. Ah, Papa, mio! Qué bella mula! El Em-

“perador de Alemania no tiene seguramente otra como esta;” y diciendo esto la acariciaba y la hablaba muy dulcemente como si se dirijiese á una señorita. “Ven acá, querida joya, tesoro mio, mi “perla fina” . . . Y el bueno del Papa todo conmovido se decía para sus adentros: “qué buen muchacho! cuán amable es con mi mula!”

¿Y sabeis lo que aconteció al siguiente dia? pues sucedió que Tistet Vedene trocó su vieja chaqueta amarilla por una lindísima alba de encages, una muceta de seda color violeta, zapatos con hebillas, y un puesto en el cortejo del Papa, donde nunca se habían recibido sino á los hijos de nobles y sobrinos de cardenales.

Hé ahí lo que es la intriga.

Pero Tistet Vedene no se detuvo en esto . . . .

Una vez que estuvo al servicio del Papa continuó el muy pillito con el juego que tan buen resultado le había dado.

Insolente con todo el mundo, solo tenía atenciones y delicadezas para la mula, en-



contrándosele con frecuencia por los patios del palacio con un puñado de avena ó un haz de pipirigallo, cuyos racimos rojos sacudía alegremente mirando al balcon del Santo Padre con cierto aire y como diciendo: ¡“eh! ¿para quién será esto?” . . .

Y tanto y tan bien se insinuó en este sentido, que al fin el Papa, sintiéndose ya viejo, consintió en dejar á su cargo el cuidado de vigilar el pesebre y de llevar á la mula el *bol* de vino á la francesa; todo lo cual no hacía reir por cierto á los cardenales.



Tampoco reía la mula. . . .

En la actualidad, á la hora de su vino, veía llegar á la cuadra cinco ó seis acólitos que á pesar de sus albas y encages se escondían entre los montones de paja;—despues de un momento cierto perfume caliente de caramelo y aromas se difundía por la cuadra y aparecía Tistet Vedene llevando con precaucion el bol de vino á la francesa. Entónces principiaba el martirio del pobre animal.

Ese vino perfumado que tanto apetecía, que le confortaba con su calor y que le daba alas, era llevado cruelmente allí á su pesebre, se le hacía respirar, y cuando sus narices se saturaban con su aroma. . . . adiocito — si te ví no me acuerdo. . . . todo él, con su reflejo color de rosa, pasaba á los estómagos de aquellos acólitos.

Y si todavía se contentasen tan solo con robarle su vicio, nada sería esto—pero nó, se volvían unos verdaderos diablos despues de beber. El uno le tiraba de la cola, el otro de las orejas. Quisquet se le subía encima,—Beluguet le probaba su birrete, y ninguno de ellos pensaba en que una simple sacudida ó una coz de la bondadosa mula les hubiera hecho ver la estrella polar y . . . algunas otras.

Mas nada de eso sucedía.

No en balde era mula del Papa, la mula de las bendiciones y de las indulgencias.

Por más que hacían aquellos chicuelos, nunca se enfadaba y tan sólo Tistet Vedene era objeto de su animadversion.

Cuando lo sentía detras de ella, esperimentaba cierta comezon en el casco que... la verdad es que habia suficiente motivo para ello.

Este bandido de Tistet le hacia tales travesuras! y tenia ademas una inventiva tan cruel despues de beber!!

El hecho es que un dia se le ocurrió hacerla subir al campanario de la iglesia, allá arriba á lo mas alto del palacio: y — tal como lo pensó lo llevó á cabo. Y no creais que esto es cuento, pues doscientos mil provenzales lo han visto.

Imaginaos pues el temor de la infeliz mula, cuando despues de haber dado vueltas durante una hora, como ciega, por una escalera de caracol, y trepado qué sé yo cuántos escalones, se encontró repentinamente en una plataforma deslumbrante de luz, á mil piés sobre el nivel del suelo. Allá abajo divisaba un Avignon fantástico, con las tiendas del mercado del tamaño de una nuez, los soldados del Papa delante de sus cuarteles como hormigas coloradas, y mas allá, sobre un hilo de plata un puentecito

microscópico donde se bailaba . . . donde se bailaba . . .

¡Ah, pobre animal! qué pánico experimentó. Fué tal el grito que lanzó, que temblaron todos los vidrios del palacio.

— ¿Qué es lo que sucede?— ¿qué le están haciendo? exclamó el buen Papa precipitándose al balcon.

Pero Tistet Vedene estaba ya en el patio y hacía el papel de un desesperado arrancándose los cabellos y llorando.

¡Ah! ¡gran padre santo! ¿qué es lo que hay? Lo que hay es que vuestra mula . . . ¡Dios mio! ¿qué va á ser de nosotros? Lo que hay es que vuestra mula se ha subido al campanario.

— ¿Sola???

— Sí, gran padre santo, — sola. Mirad! vedla allá arriba! Ved el extremo de sus orejas que asoman sobre el parapeto. Parecen dos golondrinas.

— ¡Misericordia! exclamó el pobre Papa levantando los ojos. ¡Pero se ha vuelto loca? . . . Querrás bajar, desgraciada! . . .

¡Bajar! no hubiera querido ella otra cosa; pero ¿por dónde? Por la escalera no podía ni pensarse. Por ahí puede subirse, pero bajar! ya es otra cosa,—sería cuestión de romperse las piernas cien veces.

Y la pobre mula se desesperaba, dando vueltas por la plataforma, con sus ojos abiertos y asombrados por el vértigo; pensaba en Tistet Vedene y se decía:

— ¡Ah, bandido! si llego á escapar de esta... qué coz te espera mañana temprano!

Con la idea de esta coz futura se comunicaba cierto brío á sus piernas, que, gracias á ello, la sostenían aún. Consiguióse por fin sacarla de aquel parage; pero fué una obra seria, pues hubo que efectuarlo sirviéndose de un guinche, cuerdas y una angarilla. Ya podeis imaginaros la humillacion que sería para *toda una mula del Papa* verse suspendida en aquellas alturas, nadando con sus patas en el espacio, como un insecto colgando de una tela de araña.

Y todo esto lo contemplaba Avignon entero.

La desgraciada no durmió en toda la noche. Le parecía estar dando vueltas en aquella maldita plataforma ante las risas de la poblacion. Despues pensaba en ese infame Tistet Vedene, y en la magna coz que pensaba largarle al dia siguiente. Ay! amigos mios,— qué coz! Desde Pamplona se había de ver el polvo.

Miéntras que en la cuadra se le preparaba tan bella recepcion, ¿sabeis en qué se ocupaba Tistet Vedene? Pues descendía el *Ródano* cantando, en una de las galeras papales, con destino á Nápoles y en compañía de cierto número de jóvenes nobles que anualmente enviaba la sociedad á la Corte de la Reina Juana, para que se ejercitasen en la diplomacia y en los modales del gran mundo. Cierto es que Tistet no era noble, pero el Papa deseaba recompensarle por los cuidados que le había prodigado á su mula, y muy principalmente por la actividad que desplegó el dia del salvatage.

Así fué que la mula tuvo al dia siguiente una gran contrariedad. “ Ah bandido! ha

sospechado algo” . . . se decía, sacudiendo sus cascabeles con furor . . . “pero es igual . . . anda — anda — que á la vuelta has de hallar tu coz . . . ; yo te la guardaré.” Y efectivamente se la guardó.

Despues de la partida de Tistet, la mula del Papa volvió á hallar la vida tranquila de otros tiempos.

Se acabaron los Quisquet y los Beluguet. Volvieron los bellos dias del vino á la francesa, y con ellos el buen humor, las largas siestas, y el pasito de gavota al cruzar el puente de Avignon.

Sin embargo, despues de su aventura se le demostraba en la ciudad cierta frialdad. No faltaban los cuchicheos en el camino, los ancianos movían la cabeza, y los chicos se reían señalando el campanario. Ni aún el mismo Papa tenía ya en su amiga la confianza de otros tiempos:— y cuando durante el paseo se dejaba arrastrar por el deseo de echar un sueñito sobre su silla, no podía reprimir este pensamiento: “Si fuese yo á despertarme allá arriba sobre la plataforma.” La mula veía todo esto y sufría

sin decir palabra, y solamente cuando se pronunciaba el nombre de Tistet Vedene en su presencia, se estremecían sus largas orejas y con una sonrisa sardónica aguzaba la heradura de su casco sobre el pavimento de piedra.

Así trascurrieron siete años, y al cabo de ellos volvió Tistet Vedene de la Corte de Nápoles. — Todavía no había cumplido allí su tiempo, pero como supo que el primer *mostacero del Papa*, ó lo que es igual, el *archipámpano*, acababa de morir repentinamente, y el puesto le parecía envidiable, se vino á toda prisa para colocarse en las filas de los aspirantes.

Cuando este intrigante de Vedene entró en el salon del palacio, apénas pudo reconocerlo el santo padre, tal era lo que había crecido y echado cuerpo. Preciso es, sin embargo, declarar que el buen Papa estaba ya algo viejo y que no veía muy bien sin sus antiparras.

Tistet no se acoquinó y le dijo:

— ¡Cómo, gran padre santo!! ya no me conocéis? — Soy yo, Tistet Vedene. . .



— ¿Vedene?

— Sí Padre Santo, no os acordais . . . .  
aquel que llevaba el vino á vuestra mula? . . .

— Oh si — ya me acuerdo — buen chiquillo es este Tistet Vedene. ¿Y bien qué es lo que hoy viene á pedirnos?

— ¡Oh! poca cosa, Gran padre santo. Venía á solicitar . . . Y á propósito ¿teneis siempre vuestra mula? ¿Se encuentra bien? . . . ah! vaya, tanto mejor. Venía pues á pedirnos el puesto del *primer mostacero*, que acaba de morir.

— Tú, *primer mostacero*! pero si eres muy jóven! — ¿qué edad tienes?

— Veinte años y dos meses, ilustre Pontífice — justamente cinco años más que vuestra mula. ¡Ah, palmas benditas! qué bello animal! Si supieseis cuanto le amaba! — cuánto la echaba de ménos en Italia! ¿Me permitireis que la visite ahora?

— Sí, hijo mio, la verás, dijo el Papa conmovido. — Y puesto que amas tanto á ese magnífico animal, no deseo que vivas alejado de ella. Desde hoy te acerco á mi persona concediéndote el empleo de *primer mosta-*

*cero.* Mis cardenales chillarán, pero nada importa, — estoy acostumbrado á oírlos. Ven mañana á vernos á la salida de vísperas y te confiaremos las insignias de tu grado, en presencia de todo nuestro capítulo . . . . y en seguida . . . . te llevaré á ver la mula y vendrás á la viña con nosotros dos . . . . eh! eh! anda pues . . . .”

Escuso decirs cuán contento estaba Vedene al separarse del salon, y con cuánta ansiedad esperaba la ceremonia del dia siguiente. Había, sin embargo, álguien, en el palacio que experimentaba mayor contento é impaciencia que él . . . . y este álguien era la mula. Desde la vuelta de Vedene hasta las vísperas del siguiente dia, no cesó el terrible animal de devorar avena y de tirar coces de ensayo contra la pared trasera de la cuadra. Tambien ella se preparaba para la ceremonia.

Y así fué que al siguiente dia, despues de terminadas las vísperas, hizo Tistet Vedene su entrada en el vestibulo del palacio papal.

Encontrábase allí todo el alto clero, los

cardenales en ropages rojos, el abogado del Diablo en traje negro, los abates de convento con sus pequeñas mitras, los mayordomos de *Saint Agrico*, las mucetas color violeta del Señorío, y con ellos el clero inferior, los soldados del Papa de gran uniforme, las tres hermandades de penitentes, los ermitaños del monte *Ventour* con su aspecto huraño, y el pequeño acólito que los sigue con una campanilla, los hermanos disciplinantes hasta la cintura, los floridos sacristanes con ropages de jueces, todos, todos en fin, hasta los que dan agua bendita, el que enciende y el que apaga los cirios; ni uno solo faltaba —! Ah! era aquella una espléndida ordenacion! Comparsas, petardos, sol, música, y siempre esos endiablados tamboriles que animaban el baile allá sobre el puente de Avignon.

Cuando apareció Vedene en medio de la asamblea, tanto su vivacidad como su aspecto, hicieron circular un murmullo de admiracion. Era un magnífico Provenzal, de aquellos rubios, con rica caballera, crespada en sus estrimidades, y cuya barba suave y

delicada parecía formada de las virutas que arrancaba al aureo metal el buril de su padre, el cincelador.

Corría el rumor de que los dedos de la reina Juana habían acariciado algunas veces esta barba rubia, y efectivamente el Sr. Vedene tenía el aire radiante y la mirada distraída de los hombres que han sido amados por las Reinas. En aquel día, para honrar á su país, había reemplazado sus vestidos napolitanos por una casaca bordada de rosa á la Provenzal, y sobre su casquete se ostentaba una gran pluma de Ibis de *Camarque*.

Así que entró, saludó el primer mostacero con aire galante, dirigiéndose á lo alto del estrado donde le esperaba el Papa para entregarle las insignias de su grado: es decir, la cuchara de boj amarillo y el traje azafran.

La mula estaba al pié de la escalera completamente aparejada y pronta para marchar á la viña. Cuando Tistet Vedene pasó cerca de ella arqueó sus labios una sonrisa, y se detuvo para darle dos tres pal-

maditas amistosas en el lomo, observando de rabo de ojo si el Papa se apercibía de ello.

La posicion era buena... Tomó ímpetu la mula y... "Toma, chúpate esa, bandido... Hace siete años que te la guardo."

Y le descargó una coz tan tremenda, tan terrible, que hasta de Pamplona pudo verse la polvareda, una verdadera tromba de polvo, en cuyas mas elevadas nubes se vió flotar una pluma de Ibis.

Eso era todo lo que quedaba del infortunado Tistet Vedene.

Por lo general las coces de mula no tienen el carácter fulminante de la que acabamos de relatar, pero es preciso tener presente que se trata aquí de una mula papal, y que ademas, hacia siete años que la mula la tenía guardada.

Ahí teneis, pues, un bello ejemplo de lo que es el rencor eclesiástico.

Alfonso Daudet.





## LA CEREZA

---

La comida llegaba á su fin. — Oh! cuán bellas cerezas! exclamé yo al ver al sirviente poner sobre la mesa una inmensa compotera llena de cerezas zordales de vivísimos colores.

— Tú encuentras, no es así, que son de un bello color de rosa? contestó ella; se las creería de cera; son las primeras del año. He querido causarte una sorpresa. Díjele esta mañana á Josefina: “Si hay cerezas en el mercado, tomadlas, Marcelo gusta tanto de ellas!” Y bien, tú no me lo agradeces?

— Eres adorable!

— Adorable! adorable! Bien podías haber hallado cualquier cosa ménos banal. Eso es banal, adorable; vosotros decís á todas

las mugeres esa palabra. Se toca el piano, adorable; píntase á la acuarela, adorable; se hacen bordados, adorable. Hasta vuestra cocinera es adorable, cuando hace una buena salsa.

— Sí, pero, tú, eres adorable y adorada.

— Bien cierto?

— Bien cierto.

— Entónces, te creo y te perdono.

Bautista se había retirado discretamente.

— Quiéres que te sirva de ellas, marido pésimo?

— Con mucho gusto.

Catamos la compotera.

Daba gusto verla. Mascaba á todo mascar en la fruta sabrosa, haciendo pequeños movimientos de ojos, ora grave, ora riendo á garganta desplegada.

De pronto le pasaron por la cabeza fantasías infantiles, hízose zarcillos, púsose las entre el cabello con movimientos y gritillos de niña. Hasta se puso á tirarme á la cabeza con los carozos; yo contesté como mejor pude, y aquello fué durante un momento una granizada de proyectiles de una

parte y otra, una verdadera batalla, pero batalla sin humo ni ruido, sin muertos ni heridos; sin embargo, fuí bastante maltratado, pues me pegaron en la frente, en la nariz, sobre los bigotes, y á cada golpe que acertaba, se reía estrepitosamente, enseñando su blanca dentadura, dos hileras de perlas, haciendo que se formaran en deliciosos circulillos sus pequeños hoyuelos á cada lado de su boca, dos verdaderos nidos para los amores.

Pronto terminó el combate por falta de materiales; solo quedaba una cereza sobre el campo de batalla.

— Es para tí, mi querido amigo.

— No, para tí.

— Sí.

— Nó.

Empendióse una nueva lucha, pero esta vez fué de generosidad.

— Dividamos, exclamé yo.

Púsola ella sobre sus labios, y yo me preparé á recojerla en un beso.

Eso era, no lo creereis, cosa muy delicada: esa fruta resultó estar en efecto en un



estuche del mismo color, y casi confundirse con él. Tomé todas las precauciones imaginables, pero en vano....Lanzó ella un pequeño grito de dolor; brotó un hilo de sangre rosada, y se mezcló al jugo que se escapaba de la cereza: yo la había mordido!

Sin duda sin quererlo la había hecho sufrir mucho; porque gruesas lágrimas se asomaron como brillantes en sus lindos ojos.

Yo me apresuré á borrar el mal con un poco de agua y una punta de mi pañuelo, pero ella parecía estar enojadísima, dejando que yo lo hiciera como á pesar suyo.

— Sois un perverso, señor, me dijo á traves de sus lágrimas.

En seguida, arrojándose á mi cuello: “Mira, maridito mio, esto no será nada: he ahí una herida que yo mostraré en todas partes, á todo el mundo; estoy orgullosa, sí, ella me prueba que tú me amas.... algunas veces demasiado, en verdad! agregó ella, bajando los ojos.

W. O'Contin.



## Z EUSIS

---

### EL PUDOR DE LA MUJER

---

Píntanos, querido Zeusis, dijeron los principales de la ciudad Erotona,—píntanos una Vénus, y en ella el ideal de la belleza femenina.

— Está bien, contestó el artista; acepto la propuesta, pero con la condicion de que me traereis las mas bellas hijas de vuestra ciudad, para que yo copie de cada una de ellas, lo que me parezca bueno.

Se las llevaron, eran siete en número, tan bellas, que el pintor mismo, á primera vista, tuvo miedo por lo difícil de su tarea, y mas bien hubiera querido casarse con cada una de ellas, ántes que tener que copiarlas.

Por fin se repuso. — ¡En verdad, sois bellas queridas doncellas! exclamó él. Cada una de vosotras, podría ser la misma Vénus. Pero ~~para~~ ponerme en condicion de crear un algo, como ninguno de mis semejantes lo creará ántes, toda vez que os pongais como modelo, debeis desprenderos de este ropage enfadoso, envidiosa cubierta de tanta belleza, y presentaros desnudas á mi vista.

— ¡Desnudas! exclamaron todas ellas sorprendidas: ¡desnudas! se repetía cada una á sí misma, y dudaban sobre lo que habría que hacer en ese caso. Al fin vencieron las exhortaciones y la ambicion en seis de ellas; solo la séptima dijo ruborizada: “La misma Vénus no quisiera ser yo á semejante precio, mucho ménos en modelo!”

Zéusis tomó entónces la paleta y el pincel, y despues del trabajo de varios dias, estuvo terminado su cuadro, — orgullo de su tiempo. — Cuando por primera vez lo espuso, rodeáronlo papanatas, y envidiosos y admiradores, y heraldos, y necios y sabios; todos lo admiraban; todos lo alababan en alta voz.

Pero Zéusis estaba á la distancia discretamente, y cuchicheó al oído de uno de sus amigos: “Por mas que lo pondereis, fál-tale aun una preeminencia, una preeminencia que siempre la he imaginado, pero alcanzado jamás: indispensable para el ideal de la belleza femenina, pero desgraciadamente tan rara vez se la puede hallar, y es tan difícil alcanzarla...”

— Y cuál es, pues?

— El pudor de la séptima que se fué.

A. G. Meissner.



## COSAS DE LA VIDA.

---

**A**l venir á vivir en el campo, no dejamos todas las molestias detras de nosotros en la ciudad. El perro de Cooley y su muchacho son dos dolorisimas calamidades que hacen la vida aún aquí mucho mas triste de lo que debiera serlo en un lugar que pretende ser algo de la naturaleza de un paraiso terrenal.

El muchacho no solamente hurta en mi sementera de sandías y árboles frutales, y en los de mis vecinos, sino que tiene una aptitud extraordinaria para crear alborotos en cualquier parage en que casualmente se halle. El domingo pasado causó tal terrible conmocion en la iglesia, que la misa tuvo que suspenderse por algunos minutos hasta que pudo ser sacado de allí.

El interior del edificio recién había sido pintado y barnizado de nuevo, y supongo que uno de los trabajadores debió haber dejado un pedazo de barniz sobre el respaldo del banco particular de Cooley, que se halla en el otro lado y en la misma línea que el mio. El muchacho de Cooley era el único representante de la familia que se hallaba ese día en la iglesia, y se estaba divirtiendo durante la primera parte del servicio, hincado sobre el asiento y hablando con el muchacho del Dr. Jones, quien ocupaba el banco inmediato detras.

Algunas veces, cuando el jovencito Cooley volvía á tomar una postura conveniente, el chico de Jones le volvía á mover de nuevo tirándole rudamente de los cabellos, á lo que Cooley en seguida daba vuelta y amenazaba con su puño á Jones de una manera tal, que manifestaba una completa indiferencia á la compostura que requería el lugar y la ocasion, como así mismo la presencia de la congregacion. Cuando por fin quedó Cooley en una posicion de reposo, reclinó su cabeza, por des-

gracia, directamente sobre el pedazo de barniz que aun no estaba seco: mientras que él se divertía leyendo los mandamientos y otros textos de la Escritura que estaban escritos en la pared detras del púlpito.

Pasados algunos minutos quiso moverse, pero el barniz se había mezclado con su pelo, y lo tenía agarrado. Despues de haber hecho uno ó dos esfuerzos desesperados aunque en vano para zafarse, se encolerizó; y suponiendo que era Jones quien le tenía asido, gritó:

“ Suelta mi cabello! suelta mi cabello, te digo!”

El sacerdote se detuvo cabalmente cuando entraba á considerar su “en segundo lugar”, y la congregacion se dió vuelta á mirar llena de sorpresa, á tiempo para ver al jovencito Cooley, con su cabeza contra el espaldar del banco, tirando terribles puñetazos por sobre su hombro á alguna persona que no se veia detras de él. Y á cada golpe que daba, exclamaba:

“ Te voy á romper las narices despues del sermon! Ya de te he de dar, Pancho

Jones, cuando te agarre solo! Suelta mi cabello, te digo, ó te voy á sacar la chokolata!" etc., etc.

Miéntras tanto, el chico de Jones estaba sentado en el extremo opuesto de su banco, léjos de Cooley, y tenía un aspecto de solemnidad, como si el sermón le hubiera causado una profunda impresion. Se aproximó corriendo el sacristan, con la idea de que el muchacho se había quedado dormido y estaba sufriendo alguna pesadilla: miéntras que la señora de Magruder (médica) salió precipitadamente de su asiento y se fué al de Cooley, convencida de que tenía un ataque.

Cuando se averiguó la causa del disturbio, sacó el sacristan su navaja, y despues de serruchar lo suficiente del cabello de Cooley para libertarlo, lo sacó arrastrando de la iglesia. La víctima hacía la retirada contra su voluntad, mirando al chico de Jones y sacudiendo su puño hácia ese bribonzuelo, como indicando que acariciaba un propósito mortal contra Jones.

En seguida continuó de nuevo el sermón.



Supongo que ha sido alejada toda riña entre los dos muchachos, porque ayer mismo ví á los jóvenes Jones y Cooley jugando juntos á la rayuela en la calle, en aparente olvido de los sinsabores del santuario.



Díceme el juez Pitman que una de las razones porqué Cooley y su muger están discordes, es por haber mucha diferencia en sus estaturas. Cooley es alto, y su señora es pequeña. La señora de Cooley le dijo á la de Pitman, (si se le ha de creer al juez) que Cooley refunfuñaba continuamente porque ella no podía llevar el paso con él.

De un modo ú otro, siempre rompen mal la marcha cuando salen juntos, y entónces, cuando él trata de tomar el paso de ella, esta se esfuerza por cambiar el suyo para tomar el de él. Despues que ambos han estado barajando sus piés sobre la vereda por algunos minutos de una manera perfectamente absurda, siguen su camino sin seguir el paso, como lo hicieron desde el principio.

Cuando Cooley intentaba hacer pasos cortos como ella, su andar era tan ridículo que llamaba la atención; mientras que si ella quería dar trancos tan largos como los de él, se paraban las gentes y la miraban como si pensarán que había perdido el juicio. Entónces trató ella de dar dos pasos en cada uno de los de él, pero vió que dos y medio de los de ella equivalían á uno de los suyos, y cuando emprendió hacer ese número fraccional para guardar paso con él, este la miró frunciendo el seño y la dijo:

“Señora Cooley, si vd. va á bailar la polka-masurka en la calle pública, me voy á casa.”

No recibo este relato con ciega confianza sobre su veracidad. La imaginación de Pitman arde algunas veces con un calor que no es natural, y puede ser muy bien que haya adornado la relación original de la señora Cooley.

Probablemente jamás recibiré de ningún miembro de la familia Cooley una relación correcta de las causas que motivan las desagradables diferencias que allí existen, por-

que ahora estamos con los Cooley en la peor condicion de relaciones posibles.



Superro se hizo tan insoportable molestia á causa de sus nocturnas vociferaciones, que algun práctico humanitario lo envenenó. Cooley abrigaba aparentemente la conviccion de que yo habia muerto el animal, y arrojó á mi patio por sobre el cerco el cuerpo helado de su perro. Yo lo devolví por el mismo camino. Cooley lo devolvió. Los dos permanecemos ese día en nuestras casas, y pasamos la mañana enviándonos á la inanimada bestia por sobre el cerco. A medio dia llamé á mi sirviente para que ocupara mi lugar, Cooley contrató á un mulato para que lo relevara á él. Ellos continuaron la cosa hasta que llegó la noche en cuyo tiempo debo suponer, que el cuerpo debió haberse gastado mucho, porque al ponerse el sol enterró mi sirviente la cola al pié de mis rosales y entró á la casa, mientras que el representante de Cooley renunció y se fué á la suya.

La finada bestia solo dejó tras de sí una memoria agradable; y cuando la recuerdo, siento que me vengó por completo de mis quejas contra su amo. Cooley fué hace una ó dos semanas á nadar en el arroyo, y llevó consigo al perro para que cuidara su ropa. Miéntas Cooley se bañaba, dormía el perro; pero cuando Cooley surgió del agua, el perro no lo reconoció en su desnuda condicion, y se opuso á que se aproximara á sus vestido. Toda vez que Cooley trataba de cojer una bota, ó una media, ó la camisa, se arrojaba sobre él el perro con tal ferocidad, que no se atrevía á tratar de vestirse.

Así tuvo que permanecer al sol hasta que estuvo casi asado; en seguida se hundió en el agua y permaneció así, zambulliendo de cuando en cuando para no ser visto por las personas que pasaban por el camino. Por fin se volvió á dormir el perro, y Cooley, arrastrándose pausadamente por detras del animal, lo agarró de súbito por la cola y lo hizo volar hasta el otro lado del arroyo. Antes que el perro recobrara sus

sentidos y volviera nadando á su lado, consiguió Cooley ponerse alguna de su ropa, y entónces vino el perro arrastrándose hasta él, mirándole como si esperase ser recompensado por su extraordinaria vigilancia. La manera cómo Cooley dió de puntapiés al fiel animal, se dice que fué espantosa.

Yo hubiera profesado un afecto positivo á ese perro, si no fuera que ladraba tanto de noche. Pero estoy contento de que se haya ido. Hemos venido aquí para tener tranquilidad, y eso era imposible poderse obtener miéntras el perro de Cooley permaneciese á la vista de la luna.

• Max Adeler.





## UN FILLETE

---

Como he sabido la historia que os voy á contar? Qué os importa con tal que os la cuente bien? . . . . Lo declaro con anterioridad y sin amor propio de autor, porque en ella nada tengo que ver como tal, y me limitaré á anotar los hechos, tal como los he recojido.

Había una vez una pobre abuela y su pobre nieto, que no poseían otra cosa en el mundo sino la afeccion del uno por el otro; la abuela tenía setenta y siete años y el nieto tenía ocho.

Vivían en el sexto piso de una casa de obreros en el callejon de Oullon, entre Belville y Menilmontant, barrio en que no se vé ni para remedio un rico. Pues

bien, hasta entre los miserables del vecindario sobresalía su miseria. Por esto se verá cuán grande era ella.

Juzgad. El niño era enfermo, raquítico, hacía doce meses que estaba en cama, y la anciana era viejísima, muy débil, casi impotente también, de suerte que con la mejor voluntad del mundo no podía trabajar mucho.

Felizmente, los pelagatos son buenos para con sus semejantes! Las pobres gentes del barrio daban limosna á aquella pobreza más lastimosa aun que la suya; y sus caridades unidas á algunos socorros de la Beneficencia pública, bastaban á la subsistencia de la abuela y del nieto.

La anciana se llamaba la tía Antonia, el niño se llamaba el pillete de la tía Antonia. No se le conocía otro nombre, porque nunca se le había visto correr y jugar en la calle con los pilluelos de su edad; jamás se había oído gritarle por un camarada suyo de una vereda á la otra, intercalando, como hacen los muchachos, á su nombre de galopin, un consonante absurdo y sonoro:

- Juan, barriga de pan!  
—Antonio, cara de demonio!  
—Pablo, hijo del diablo!  
—Pancho, ojos de chancho!

No! Solo de tiempo en tiempo, se preguntaban entre ellas las vecinas:

—¡Y bien! ¿cómo vá el pillete de la tia Antonia?

¡Ay! el pillete de la tia Antonia iba de mal en peor. Hijo de una tísica y de un *sublime*, el pobrecillo era tísico y raquítico á la vez, y cuando no gritaba por los dolores sordos de su coxalgía, tosía con una tos seca y sangrienta que le hacía aparecer dos manchas violáceas en las mejillas.

Durante toda su infancia, aunque siempre enfermo, tuvo sin embargo buenas épocas. En ese entónces el abuelo, que aun trabajaba apesar de sus ochenta años, le llevaba á dar soberbios paseos al aire libre y puro, para que tomara un poco de sol, y ganaba con qué comprarle remedios.

Pero desde que habitan aquel pobre chibitil del sexto piso, sobre un patio de donde sube el olor nauseabundo de los verte-



deros de aguas sucias; desde que la anciana no puede agenciar sino lo que justamente se necesita para no morirse de hambre: desde Diciembre del año anterior, el pillete de la tia Antonia no se ha levantado ya, y es probable que nunca vuelva á levantarse.

La única vez que salió, fué el dia de Navidad.

Ese dia la tia Antonia lo había arrebuñado lo mejor posible en una bufanda que le había hecho con un chal viejo suyo; le había puesto los dos únicos pares de medias suyas para que tuviese calientes los piés dentro de sus suecos nuevitos, y le había llevado á los bulevares, frente de las tiendas y carpas llenas de juguetes, de imágenes, de muñecos, que para él era todo como un espléndido cuento de hadas.

Aquel espectáculo se había impreso en los ojos y en la imaginacion del enfermo; y desde entónces hablaba siempre de él con calofríos de pesar y de deseo, abriendo toda la boca, tendiendo sus bracitos flacos hacia el mirage de todas aquellas entrevistas é inolvidables maravillas, como en éxtasis.

En la plaza de la Opera, había un polichinela, pintarrajeado, dorado, casi tan alto como él mismo, y que, cuando se le tiraba de la cuerquita, sacudía alegremente campanillas y cascabeles, levantaba los brazos, separaba las piernas y os miraba al mismo tiempo con su cara iluminada y su mueca casi viviente.

—Oh! qué lindo, qué lindo es! esclamaba con frecuencia el pillete de la tia Antonia. Díme, madre, ¿cuesta muy caro un *polichinela* como ese?

Y la anciana responde siempre:

—Anda, que ya te compraré uno . . . . cuando seamos ricos.

—¿Y cuándo seremos ricos?

—Pronto, hijo mio, muy pronto.

—Entonces, hé! tendré un *polichinela*?

—Sí, sí, lo tendrás.

—Mira, madre, estoy seguro que si tuviera ese polichinela, me curaría en seguida . . . .

Y esa idea va y vuelve sin cesar, y cuando el pobre chicuelo se halla peor, cuando sus dolores le torturan más, cuando la abo-

minable tos lo sacude como si quisiera arrancarle la respiracion, oh! entónces el deseo se hace más vivo, casi acerbo. Se vé que ese deseo aumenta el sufrimiento y que en realidad la posesion del juguete aplacaría el mal como por encanto.

Y la anciana lo había comprendido así! A fuerza de prometer el polichinela, decíase ella que debía cumplir la promesa, y que para poder hacer vivir algo más á su querubin, no tenía otro medio sino ese. Sí, tendría su polichinela! Y se curaría! Tambien ella había acabado por creer en aquella loca esperanza.

Sí, lo tendría. Pero de qué manera? Como él mismo lo decía con lágrimas de codicia impotente: debía costar muy caro un polichinela de esa clase! Era un juguete de rico. Lo ménos veinte francos. Quizá mas. Dónde hallaría ese oro, ella que ni conocía el color de la plata y que veía solo de tiempo en tiempo las monedas de cobre que por limosna le daban? Veinte francos! Una fortuna.

Vendió los pingajos que la daban á la en-

trada del invierno, vendió hasta los vales de pan y carne, que tanto trabajo le costaba obtener de la Beneficencia, no reservando más que lo necesario para el chico. Ella ayunaba, y cuando el niño comía solo y la decía :

—No tienes hambre, madre?

—Nó, respondía, me han hecho tragar un plato de sopa en el taller del ebanista.

Y así pasó los días y los días, á veces sin tener nada en el estómago. Qué importa! El tendría su *polichinela*.

Hace tres meses que economiza de esa suerte, y antiyer de mañana tenía reunido en todo nueve francos y tres sueldos.

—Lo ménos diez francos, pensó; me faltan diez francos, lo ménos. Y á mas diez y siete sueldos, que juntaré de hoy á mañana.

En ese día el pillete de la tia Antonia estaba muy mal. Diantre! Con los quince días de invierno que acababan de pasar ved en qué estado está el angelito. Y los pobres no han podido hacer mucha limosna á la anciana, pues que ellos mismos se morían de hambre y frio. Ya no hay trapejos que

vender! Tres vales de pan y leña, era lo que quedaba en la bohardilla.

Pero el chico estaba tan débil, tan débil, que no podía ya tragar nada. Para qué quiere hoy el pan, pues? Para ella? Bah! Y mañana? Ah! mañana, se verá como se encuentra. Lo que es preciso en el momento, lo necesario, lo indispensable, no es el alimento, es el polichinela. Si él lo tuviese, allí, ahora, entre sus manecitas temblorosas, de seguro que mejoraría.

—Qué bonito! se le siente decir al pobrecillo entre su respiración anhelosa y ahogada.

Y sus ojos se dilatan; las fosas de su nariz, afilada ya, se estremecen; un ligero calor reanima su tez marchita; la vida vuelve á sus labios palidísimos. La vida, sí, la vida! Aun vivirá si se realiza su sueño.

—Qué lindo!

—Voy á buscártelo, voy en el acto.

—¿Qué, el polichinela?

—Sí, el polichinela.

—Es decir que ya somos ricos, madre?

—Sí, hijo mio. Mira.

Y le enseña sus nueve francos y tres sueldos, todo en cobre: un inmenso monton de cobre.

El niño palmotea.

—Vé pronto, madre, vé pronto, te digo! No te tardes mucho!

Y la anciana parte. No, no tardará mucho. Con sus viejas piernas, corre primero á casa de sus vecinos para vender los tres vales, los últimos.

—Es para comprar un remedio al niño, dice. Y dice verdad: lo que vá á comprar es un remedio.

Diez francos! al fin los tiene! Fué necesario perder media hora para ello, pero los tiene. Cómo camina á pesar del empedrado resbaladizo, á pesar del entumecimiento del frio que le hiela los huesos; porque no ha comido nada ayer, nada hoy, y toda su ropa de abrigo la ha echado sobre el enfermo! No lleva pues mas que la camisa y un vestido de zaraza. Brrr! Sin embargo, camina, casi corre! Y cuán léjos es!

No quiere entrar en la primera tienda

que encuentra. A donde necesita ir, es allá, á la plaza de la Gran Opera. Quizás está aún el mismo *polichinela*, y quién sabe? pueda ser que no cueste mas de diez francos!

Sí, era justamente el mismo, y lo ha obtenido por diez francos regateando mucho. Justamente es el mismo, bien que lo recuerda! Vuelve apretándolo contra su pecho, con precauciones de madre, como si temiera hacerle daño. Y ella tambien decia:

—Qué lindo es!

Abreviemos. El destino es el mas terrible de los dramaturgos. Nadie inventa tan bien como la realidad los efectos teatrales. Cuando se les relata, puede hacerse en dos palabras.

La anciana ha tardado dos largas horas. Al entrar encuentra muerto al niño.

Ayer enterraron al pillete de la tia Antonia.

La anciana puso en el cajoncito, sobre el sudario hecho de un género remendado, el hermoso *polichinela* cubierto de colorinches, de sonoras campanillas, de dorados mara-

villosos: así ha tenido su aguinaldo el pobre cadáver.

Que la tía Antonia pueda tener también el suyo: la muerte.

Juan Richepin







## SAN JOSÉ

---

**M**atilde de Grandsac no es precisamente una beata, y sin embargo, hizo un voto en la primavera pasada; eso sucedió á propósito de no sabemos qué...á puerta cerrada, entre ella y el buen Dios.

Lo que había de resuelto, es que había prometido erijir una estatua á la Santa Vírgen, si lo que descaba le era acordado. Hacer voto de castidad ó contraer el compromiso de correjirse de sus pequeños defectos, hubiera sido mas meritorio, pero ménos cómodo.

Ella se proponía, por ejemplo: dar una bella estatua y hacerla erijir con gran pompa en Grandsac, del cual iba á hacer de ese modo un lugar de peregrinacion para los soldados del país.

Ninguna Santa Virgen respondía á su idea, y hacía mas de una hora que estaba en el almacén mas grande de santos, en la calle Bonaparte, sin determinarse á nada.

El comerciante insistía en favor de Nuestra Señora de Lourdes.

— Está completamente de moda.

— Eso no durará.

— Es bellísima.

— Demasiado bonita para vírgen.

— Si la señora tomara Nuestra Señora del Buen Auxilio.

— Veámosla.

— Buen modelo.

— Si, pero de ninguna distincion.

— Era ella, sin embargo, la patrona de los soberanos.

— Antes eran ménos difíciles de ser complacidos.

— No me atrevo á ofrecer á la señora la Inmaculada Concepcion; está un poco fuera de moda; sin embargo....

— No, esa serpiente bajo los piés desnudos causa demasiada impresion! Pero qué significan todas esas estatuas parecidas?

Hay una docena por lo ménos. Singulares caras!

— No estaban destinadas....Las he tenido de ocasion.

— ¿Son santas?

— No del todo.

— Pero, en fin, ¿qué es lo que representan?

— Dios mio, señora, es un lote de estatuas de la libertad....Las compré despues de la Comuna....Las adquirí casi de balde.

— Y esperais, sin duda, venderlas mas tarde si las circunstancias se prestan?

— Oh, señora, jamás en la vida! Preferiría destrozarlas.

— Entónces, qué pensais hacer de ellas? Y por qué las teneis aquí?

— En el comercio cojemos las ocasiones, y yo las utilizaré....Haciéndole á cada una un niño las venderé por Vírgenes.

— La verdad es que esas estatuas tendrían un sello....particular.

— Si la señora tomara una, se le podría arreglar á su idea. Quiere escojer la señora? Esta aquí, tiene un aire completamente decente.

— Yo quisiera desde luego una corona de flores de lis.

— Emblema de dos sentidos.

Y el comerciante sonrió maliciosamente.

— Yo deseo que mi Virgen tenga una espada en la mano.

— Una espada con la punta para arriba?

— No, eso sería una postura de centinela.

— Entónces con la punta para abajo?

— Oh! tendrá entónces el aire de rendirse.

— Es que la punta hacia adelante....

— Inclínemos la hoja para atrás, de ese costado.

— A la izquierda?

— Naturalmente, la espada se pone siempre á la izquierda.

— Es que tambien el niño se le pone á la izquierda.

— Lo colocareis á la derecha; desde que nosotros arreglamos . . . . .

— Es justo; somos libres....

— Esa estatua tiene, verdaderamente, una espresion noble, enérgica; no será ella la vírgen de todo el mundo.... Pero, me jurais que jamás ha servido?

— Oh! señora, si ella hubiera servido ya, á ningun precio la querría yo....

La diosa, hecha madre, está muy bien; el niño no tiene absolutamente el aire de haber sido agregado despues del golpe.

Cuando en el mes de Mayo llegó la marquesa á Grandsac, el buen cura la esperaba en el embarcadero con un carruage cubierto de percal y adornado con guirnaldas de rosas hechas de papel; las jóvenes, veladas, llevaban cirios; el estandarte balanceaba en el aire sus grandes alas azules, y los parroquiales cantaban de un modo capaz de hacer caer á los pájaros de los árboles.

La marquesa quiso seguir la procesion á pié; y su gran demonio de perro Tom siempre sobre sus talones, tomó sitio detras de ella.

El buen cura se sentía confuso, pero no se atrevió á hacer un gesto, ni una observacion. Hasta Dios mismo bien puede soportar algunas pequeñeces de parte de una castellana que erije estatuas á su Santa Madre.

La ceremonia estuvo soberbia; treinta

sacerdotes! Monseñor había enviado á su gran vicario, y su bendicion!

El buen cura quiso hablar; lloraba.

Trató de dar las gracias á la dadora, rendir un homenaje á su generosidad, á su fé. Quiso tambien recordar las virtudes celestes de Nuestra señora de Grandsac, pero la emocion le turbó y fué á la marquesa á quien atribuyó la invulnerable virginidad.

Despues de la ceremonia, se comió en el castillo.

Todos esos buenos clérigos estaban alegres en extremo; el cura hizo notar que si la Virgen hacía un espléndido efecto sobre su San José lo haría tambien en pedestal, el otro porque hay dos en el cementerio.

La marquesa respondió á esta insinuacion con una amable sonrisa. El hecho es que ella puede todavía tener ocasion de hacer un voto.

En uno de estos últimos dias, el buen cura tomaba su café, cuando un carreton de la estacion se detuvo en su puerta, y vió bajar un cajon muy largo.

—Enviado por la señora Marquesa! dijo el portador.

—Excelente marquesa! ¡Es un *pendant* de mi virgen; es San José! gritó el cura. Pero ¿dónde vamos á meterle, Dios mio? No puede quedar allí en medio del patio. Es preciso abrirlo en presencia del Regidor Municipal. Ah! si lo hubiese sabido, habría enviado á la estacion un carro parecido al de la Santa Virgen; ese trayecto sobre un carreton, de esa manera. . . .

El buen cura acabó, sin embargo, por tranquilizarse, pensando en que San José, en vida viajaba siempre á pié, teniendo un asno á su lado, y que pasa por ser el santo mas humilde del paraíso.

Suplicó á dos vecinos para que le ayudasen á transportar la caja; Filomena, su ama, proponía ponerla en el portal, pero el cura contestó que se depositaría interinamente en su sala. Filomena abrió la puerta con disgusto, porque precisamente acababa de limpiar, y el Regidor municipal tiene siempre los piés sucios.

Los vecinos alzaron á San José, que no

pesaba nada; eso era sorprendente, pues la Virgen pesaba mucho.

El buen cura echó su mejor sábana sobre el piadoso bulto, recojió las últimas flores de su jardín para cubrir con ellas al santo y los vecinos deshojaron rosas sobre la tapa.

Hecho esto, el sacristan recibió orden de tocar á rebato. Se irá naturalmente á la iglesia á preguntar por qué se toca, y los que lleguen primeros irán á decírselo al Regidor municipal. El sacristan toca desesperadamente.

Los trabajadores dispersados por los campos, se preguntaban quién habrá llegado.

—Es fuego.

—Nó.

—Entónces es cambio de gobierno.

—Vamos á ver. . . .

Van en masa á la iglesia; el sacristan, siempre colgado de sus campanas, sin soltar las cuerdas, responde:

—Es un soberbio San José enviado por la marquesa.

Se llega al presbiterio.



—Señores, dijo el buen cura, la señora marquesa ha tenido el piadoso pensamiento de enviar un San José. No he querido abrir esa caja sin que estuvierais presentes; es justo que compartais la santa alegría que yo siento.

Un carpintero quitó los clavos á la tapa, y el cura iba á levantarla, cuando llega el mandadero.

—Una carta de la señora marquesa; señores, voy á leerla; pertenece tanto á la parroquia como á mí mismo el documento oficial que acompaña el regalo contenido en esta caja:

Paris, 8 de Noviembre

Querido señor párroco:

Sea Vd. indulgente para un dolor ridiculo, y poco cristiano! Mi perro Tom ha muerto. Para mí era un amigo, y un amigo más seguro, más fiel, y más efectivo que muchos otros.

La idea de ver llevar mi pobre perro me vuelve loca. Se lo envió para que sea enterrado en el parque, bajo el cedro donde

se acostaba á mis piés; mis gentes lo echarían al río y solo confío en vd.

Le ruego que dispense este servicio á su amiga,

*Hautpavey Grandjac.*

El Consejo municipal se había reunido en torno de Tom. Sobre el ataúd que contenía sus despojos, había pronunciado el buen cura las plegarias de costumbre é iba á arrojar el agua bendita.

—No nos amilanemos, señores, dijo el cura; la señora marquesa, advertida de este desagradable quid-proquo, no podrá eximirse de enviarnos inmediatamente un San José.

Chut

